Couto.

La muestra que conozco, es de versos segun la moda de su época en México; versos de conceptos y agudezas. Este resabio habia quedado del siglo precedente, y era lo que entónces privaba. [52]

Clavé.

Ibarra nos conduce como por la mano al taller de Cabrera, con quien tuvo buena amistad segun ha dicho vd.

Couto.

Juzgo que Ibarra era un poco mayor en años que Cabrera. De las relaciones de ambos quedan hartos testimonios, á pesar de que pudieran haberse visto como rivales en fama, pues los dos la tuvieron suma entre sus contemporáneos, y la conservan en la posteridad. Sus nombres andan juntos en nuestras bocas, y casi nunca pronunciamos el de uno sin recordar al otro.

Pesado.

La buena amistad de esos dos maestros es una leccion para ciertos artistas que, sin ser lo que ellos fueron, no saben vivir en paz con los de su oficio. Por lo demas, aunque juntemos los nombres de Ibarra y Cabrera, no creo por eso que pretendamos igualarlos. Cabrera es en México la personificacion del grande artista, del pintor por excelencia; y un siglo despues de muerto conserva intacta la supremacía que supo merecer, y que nadie, á lo que entiendo, le disputó en vida.

Couto.

¡Tiene tan buenos títulos para mantenerla! Lo primero que siempre ha llamado la atencion en él, es una fecundidad sin ejemplo. Formar la lista de sus obras seria cosa imposible, porque materialmente llenó de ellas el reino, y no sólo las hay en todas las grandes poblaciones, sino que suele encontrárselas hasta en las pequeñas, y aun en el campo. Esta fecundidad no provenia únicamente de lozanía de imaginacion, sino de una facilidad y soltura de ejecucion, que hoy no podemos concebir. Entre sus obras clásicas, ocupa señalado lugar la vida de San Ignacio, que dejaron los jesuitas en los corredores bajos del primer patio de su casa profesa. Son 32 grandes cuadros al óleo, cada uno con muchas figuras, casi todas del tamaño natural, trabajadas con esmero y bien concluidas. Yo me quedé admirado cuando leí en los cuadros mismos que la obra se habia empezado el dia 7 de Junio de 1756, y se habia terminado en 27 de Julio de 57; es decir, en ménos de 14 meses, tiempo que apénas bastaria hoy á un artista ejercitado para pintar tres ó cuatro de aquellos lienzos. Pero mi admiracion subió de punto, cuando hallé que la vida de Santo Domingo, que hay en los claustros de su convento, de iguales condiciones que la de San Ignacio, fué trabajada en el mismo año 1756. Justamente se celebra que Vicente Carducho hubiese cumplido el contrato que en 1626 hizo con el prior de la Cartuja del Paular, comprometiéndose á pintar en cuatro años cincuenta y cinco cuadros de la vida de San Bruno y de sucesos de la Orden, es decir, á razon de 14 cuadros por año. ¿Qué hombre era, pues, Cabrera, que podia dar cima á empre-

sas cuatro veces más laboriosas que aquella? Es necesario ver sus dos colecciones para apreciar todo lo que en ellas tuvo que hacer. Paréceme que nuestro artista pintaba cuadros, como en el siglo anterior Lope de Vega componia comedias.

Pesado.

Pues á fe que á Cabrera no puede aplicarse lo que aquel esclarecido ingenio decia de sus piezas:

Del vulgo vil solicité la risa
Siempre ocupado en fábulas de amores;
Así grandes pintores
Manchan la tabla aprisa.

Lo que Cabrera nos ha dejado en sus tablas, no son manchas, hablando en lo general, sino claros destellos de luz, que todavía hoy enamoran nuestros ojos. Por lo demas, la celeridad con que despachaba sus encargos, creo que en parte puede atribuirse á otra causa. He oido decir que tenia un gran taller, un verdadero obrador, en que pintaban con él porcion de oficiales, y aun algunos de los maestros más formados de la ciudad. Naturalmente todos pondrian las manos en las obras que se le pedian; de manera que éstas, más que de un artista, podrian decirse de una escuela.

Couto.

Yo tambien he oido contar eso que dices; y en efecto sabemos que algunos pintores tan hábiles como Alcíbar y Arnaez, estaban á su lado. Hay, sin embargo, una circunstancia en que debe repararse, y es la unidad de es-

tilo, de color, de entonacion, de dibujo que se observa en todo lo que lleva su nombre, y que á los ojos del espectador lo hace aparecer como salido de una mano, aunque no todo sea de igual mérito. Acuérdate que las desigualdades que notamos en la vida de la Vírgen por Juan Rodríguez en Tepozotlan, nos hicieron sospechar que algunos de los cuadros serian hechos por sus discípulos. No sucede así con los de Cabrera; lo cual me parece que prueba que en éstos no sólo la invencion y la traza en grande, sino aun la ejecucion, al ménos en las partes principales, como las cabezas, era suya. De suerte que siempre le queda el prez de una soltura y facilidad raras.

Clavé.

Pues añada vd. luego el incontestable mérito de su pintura. El dibujo, aunque no puede decirse totalmente correcto, sin embargo, saca ventaja al de los más de los pintores mexicanos. El colorido en general es de la escuela de Rodríguez, pero sin la exageracion en que otros cayeron. Por lo que mira á la invencion, si bien algunas veces se le ve apelar á alegorías y aun al mezquino medio de los letreros que salen de las bocas de los personajes, en lo general escoge con juicio sus argumentos, y sabe componerlos con habilidad. Sus figuras están bien distribuidas en cada lienzo, y bien agrupadas donde conviene. El carácter que más resalta en él es la suavidad, la morbidez, y cierto ambiente general de belleza que se derrama en todo lo que hace. No tenia sin duda la buena escuela, ni el acendrado gusto de Baltasar de Echave el viejo, y ciertamente carecia del vi-

gor que distingue á Sebastian de Arteaga en algunas de sus obras; pero no sé qué magia hay en Cabrera, que siempre se le ve con placer, siempre gusta. Una de las cosas en que más sobresale, es en las cabezas, que casi todas son bellas. Y ya vdes. considerarán cuánto tiene adelantado el pintor que sabe poner buenas cabezas á sus figuras.

Pesado.

Aquí lo estaba yo observando en este San Bernardo y este San Anselmo, de cuerpo entero y de tamaño natural, que han colocado vdes. á los lados de la puerta. En el semblante de San Bernardo se retrata la terneza, la devocion, el misticismo de aquella alma pura; al paso que la serenidad y aplomo del santo arzobispo de Cantorbery, cuadran bien al profundo pensador del siglo XI. Recuerdo que estos dos cuadros estaban en la Universidad, con los de otros Santos Doctores, entre los cuales hay un Santo Tomás de Aquino tan grave, tan bien posado en el sillon, que parece estar discurriendo algun artículo de la Suma. Pero para valorizar dignamente á Cabrera, es necesario volver á las dos colecciones que se mencionaron ántes, la de San Ignacio y Santo Domingo: siempre las he reputado por dos de los más ricos tesoros de nuestra escuela de pintura. Lástima que la segunda esté tan estropeada de manos de los soldados que á menudo se han alojado en aquellos claustros: algunos de los lienzos acabaron ya.

Clavé.

Donde quiera que ponen el pié los hombres de armas, dejan tras sí esa huella de destruccion y de ruina. Mas

por lo que hace á Cabrera, puede conocérsele con sólo este cuadro grande que tenemos ahí de la vision del Apocalipsis, cuando la mujer misteriosa que habia parido al niño huye de delante del Dragon, y San Miguel pelea con la fiera. La vision está aplicada á la Vírgen. Note vd. la belleza de su figura, la del niño, que levanta con ambos brazos, y respectivamente la de los demas personajes que se introducen en la escena. Creo que todas las dotes de Cabrera se registran en ese lienzo.

Pesado.

Bastante lo he visto en la Universidad ántes que vdes. lo trajeran á esta galería. Aquella corporacion parece que distinguió á Cabrera, y lo ocupó más que á ningun otro pintor.

Couto.

En eso hizo lo que casi todos los cuerpos y todas las personas importantes de la ciudad. Porque Cabrera no fué de aquellos artistas desconocidos ó desestimados en vida, y á quienes no se tributa honra sino despues del sepulcro. Nuestro pintor disfrutó en sus dias toda su fama y las atenciones que por ella merecia. El Arzobispo D. Manuel José Rubio y Salinas lo hizo su pintor de cámara, y con sus obras adornó su palacio. Las comunidades religiosas, los templos, los establecimientos públicos, todos á competencia quisieron tener pinturas de su mano. Pero quienes más se señalaron con él fueron los jesuitas, sagaces descubridores del talento y el mérito en todas líneas: Cabrera fué el pintor de la Compa-

ñía, y entre el artista y aquella sábia corporacion mediaron relaciones estrechas. Las casas de los jesuitas estaban llenas de cuadros suyos. Por último, sus mismos compañeros de profesion, ¡cosa notable entre gentes de un oficio! aceptaron llanamente el principado que el voto público le concedia en el arte. Cuando en el año de 1753 concibieron el proyecto de plantear en México una Academia, á semejanza de las que por entónces empezaba á haber en España, pusieron á su cabeza á Cabrera, con el carácter de presidente perpetuo, que era el mayor testimonio que podian darle de estima y de respeto.

Pesado.

No sabia yo que ántes de esta nuestra Academia de San Cárlos se hubiera pensado en establecer aquí una escuela de Nobles Artes. Ese pensamiento honra á los artistas nacionales que lo concibieron.

Couto.

La Academia estaba limitada á la pintura. El autógrafo de las Estatutos, firmado de Cabrera y de los otros Directores, lo he visto en poder de D. Francisco Abadiano, biznieto suyo. Componíase la Escuela de un Presidente, seis Directores, un maestro de matemáticas, un Secretario y un Tesorero. Los ejercicios consistian en lecciones de dibujo, el estudio de modelo vivo, y concursos anuales de pintura. Por cierto que hay en los tales Estatutos algunas prevenciones que llaman la atencion; como la de que jamas, ni por ningun empeño, se

admita por discípulo á hombre de color quebrado; que todo el que pretenda matricularse, compruebe ántes que es español; y que si á pesar de todo se introdujere alguno que no lo sea, se le eche de la Escuela luego que se descubra. [53] Los profesores muestran temer que el arte valga ménos, y aun llegue á envilecerse, si es ejercitado por otras manos. Raro sentir en maestros que todo se lo debian á su mérito individual.

Pesado.

Paréceme que eso que cuentas hace poco verosímil la voz que algunos traen en México, de que Cabrera era un indio zapoteca, nacido en Oaxaca, que vino á la capital en tiempo y por motivos que se ignoran. [54] Si tal hubiera sido, no habria escrito y firmado en los Estatutos un artículo que seria una ejecutoria de degradacion para él y los suyos.

Couto.

En cuanto al lugar de su nacimiento, la tradicion oral que de mozo alcancé yo entre los pintores de México, lo hacia natural de la Villa de San Miguel el Grande en el Departamento de Guanajuato, y respecto de su orígen, además de la reflexion que acabas de hacer, la colocacion que tuvieron dos de sus hijas contradice el que has mencionado. [55]

Clavé.

¿Y de su vida qué ha rastreado vd? Holgaria de saber algo de tan señalado artista.

Couto.

No he podido averiguar cuándo nació ni cuándo murió. De sus obras, la que he visto con fecha más reciente es un retrato del padre jesuita Juan Manuel Azcarai, pintado en 1764, que estaba en San Pedro y San Pablo. Es, pues, seguro que su muerte fué posterior á ese año. Parece haber sido persona de alguna cultura, adquirida por sí propio. Con ocasion del reconocimiento facultativo que en union de otros pintores practicó de la imágen de Guadalupe á instancias del Cabildo de la Colegiata en 1751, escribió un papel titulado *Maravilla americana, y conjunto de raras maravillas, observadas con la direccion de las reglas del arte de la pintura, en la prodigiosa imágen de Nuestra Señora de Guadalupe de México.* Bastante dice esta portada el asunto de la obrita; y en cuanto á su desempeño, el Dr. Bartolache, de genio un poco acedo, decia años adelante: "Demasiado fué que un hom-" bre lego y sin otros estudios que los honrados domés-" ticos del caballete y la paleta, acertase á componer un " opúsculo en que unió la precision con la claridad, ins-" truyendo y deleitando." [56] Esta calificacion estomagaba á un escritor elegante de la época, el Dr. Conde, quien sospechó que Bartolache habia querido indicar que Cabrera no era capaz de escribir por sí aquello, y que probablemente le habian llevado la pluma sus amigos los jesuitas. [57] Sea de eso lo que fuere, el papel habla con lisura, y sin el estilo gongorino que entónces era de moda. Respecto de su sustancia, el mismo Bartolache daba á entender que á su juicio Cabrera habia registrado la imágen, más con los ojos de la devocion que con los del arte. [58]

Clavé.

Me parece que dijo vd. ántes, que en rededor de Cabrera se agrupaban algunos de los pintores sus contemporáneos, y que aun habia de ellos quienes trabajaran en su taller. Yo tengo notado que se le parecen, aunque disten bastante de él casi todos los que conozco de su tiempo.

Couto.

Si alguno puede estar á su lado, creo que es D. Francisco Antonio Vallejo, de quien tenemos en esta galería aquella Purísima que nos vino de la parroquia de Coyoacan.

Clavé.

Ya vd. sabe la estima que he hecho de ese hábil pintor desde que examinamos juntos el gran cuadro que hay en la escalera de la Universidad, y me hizo vd. ver en el Colegio de San Ildefonso los que allí trabajó.

Pesado.

¿Vallejo era, pues, coetáneo de Cabrera?

Couto.

Con él fué nombrado como uno de los primeros maestros de la ciudad para el reconocimiento de la imágen de Guadalupe el año de 51, y suscribió en union de

Ibarra, Osorio, Juan Patricio, Alcíbar y Arnaez, el juicio que se expone en la Maravilla americana. Entre las pinturas de San Ildefonso, una tiene fecha de 1761 y otra de 1764, año en que aún vivia Cabrera: finalmente, la de la Universidad es de 1774. Esta última es una especie de cuadro votivo ó conmemoratorio, mandado pintar por el Claustro cuando Cárlos III alcanzó del Pontífice Clemente XIV que se pusiera en la letanía de la Vírgen la deprecacion *Mater inmaculata*. El fondo de la composicion lo forma la perspectiva de un grande edificio, dentro del cual, en el plano inferior, aparecen arrodillados el Papa, el Rey, el Arzobispo Lorenzana y el Virey Bucareli. Tras ellos, por uno y otro lado hay grupos de estudiantes. En un segundo plano aéreo está la Santísima Vírgen en el centro sobre nubes, los cuatro doctores que llaman marianos, San Pablo y Santa Catarina, tutelares de la Universidad, y Santo Tomás, San Juan Nepomuceno y San Luis Gonzaga, patronos de los estudios. La figura de la Vírgen en especial, es bella.

Clavé.

Debe sentirse que ese interesante cuadro haya sufrido bastante por el desabrigo del sitio en que está.

Couto.

Afortunadamente los de San Ildefonso se conservan bien. Uno, que hay en el General chico, representa la muerte de San Javier. El cadáver del apóstol de las Indias, en tierra, apoyado sobre una piedra, y al raso como murió en la isla desierta de Sancian, parece exhalar todavía el perfume que creian percibir los que se acercaban á él. A su lado un anciano vestido con rica seda de la China, se postra como para recoger el último aliento del santo. Pero la obra principal que de Vallejo hay en aquel Colegio, es el lienzo que llena la testera de la sacristía: al verlo, solamente se desea que hubiera en la pieza más luz para gozarlo mejor. En el plano de abajo, y casi en una línea, están San José arrodillado, con el Niño en los brazos, y á su izquierda Santa Ana en igual postura. A la derecha la Vírgen y San Joaquin sentados; á uno y otro lado los siete arcángeles con los emblemas propios de sus oficios. Todas las figuras son buenas; pero la excelencia de la obra y la impresion que produce, me parece que provienen de otra causa, y es el partido que el autor supo sacar del enorme tamaño de su cuadro. Yo he oido decir á vdes., que en pintura conviene agrupar para concentrar mejor la atencion, y que las figuras juntas dan más golpe. Pero esta regla debe padecer excepciones, pues en el lienzo de que estoy hablando, el efecto lo obtuvo Vallejo, cabalmente por el principio contrario, el esparcimiento en la totalidad de la composicion. Encima del plano en que está la Sacra Familia, dejó un grande espacio vacío, interrumpido únicamente al medio por la paloma que simboliza al Espíritu Santo; y luego en la altura hizo aparecer sobre querubines al Padre Eterno, que es en sí mismo una figura magnífica, quizá la mejor del cuadro. La distancia que separa á la Divinidad de los séres que habitan la tierra, da á la composicion un aire de grandiosidad y elevacion, que yo no recuerdo haber encontrado en otra pintura mexicana.

Clavé.

La observacion que sobre ella hace vd. es exacta. Por lo demas, la regla de agrupar es como todas las reglas, se necesita tino para aplicarla, y hay casos en que conviene no seguirla. El talento de un artista está en saber usar las reglas.

Couto.

Otro cuadro hay en la misma sacristía, que no tiene firma, pero que supongo ser tambien de Vallejo, y representa la Pentecostés. El semblante de la Vírgen, que ocupa el centro del cenáculo, tiene mucha expresion, y la nube rojiza que se abre arriba, y de la cual se desprenden las lenguas de fuego que bajan sobre los Apóstoles, hace buen efecto. Lo hace tambien en su conjunto otro cuadro suyo, el descendimiento de la cruz, que existe en la capilla alta de la Casa de Ejercicios de la Profesa. En general Vallejo tiene la facilidad, la blandura y la belleza que caracterizan á Cabrera.

Pesado.

De los otros pintores que mentaste hablando de éste, no veo que hayan vdes. adquirido obras.

Clavé.

Aquí tenemos de Juan Patricio Morlete Ruiz, ese pequeño lienzo de San Luis Gonzaga, que no carece de

agrado. En el Cármen, ántes de la librería, hemos visto el Sr. Couto y yo, cuadros suyos alegóricos, que es género á que parece que era inclinado. De Arnaez y Osorio andan obras en la ciudad.

Couto.

Por aquel tiempo eran bastantes los profesores de pintura que habia en México. Fuera de los que ya hemos mencionado, con Cabrera se unieron para la fundacion de la Academia, José Manuel Domínguez, como primer Director, Miguel Espinosa de los Monteros y Pedro Quintana. Florecia tambien á la sazon José Paez, que pintó en el claustro bajo de San Fernando la vida de San Francisco Solano (año 1764), y en la entrada del coro alguna cosa que no carece de interes. En San Ildefonso hay un lienzo de su mano, que representa la muerte de Santa Rosalía, de dibujo incorrecto y no agradable colorido, pero en el que la traza ó invencion es excelente. Si él discurrió aquel asunto y no lo tomó de alguna estampa, ciertamente que era artista de ingenio y sensibilidad. Andrés Islas pintó en 1773 el retablo de San Juan Evangelista que está en la capilla de Aranzazu, y algo que hay en la Profesa, todo de ménos que mediano mérito. D. Mariano Vázquez, que dicen fué discípulo de Cabrera, D. Manuel García, D. Roberto José Gutiérrez, D. Andrés López y D. Rafael Joaquin Gutiérrez, examinaron con Bartolache la imágen de Guadalupe el año 1787, en su calidad de profesores de pintura, y firmaron el atestado que aquel publicó. De Vázquez tenemos ahí su retrato, pintado por él mismo, que es ese que hace juego con el de Juan Rodríguez